

Emisario de la desilusión

(Juan Bustillos, Impacto, pág. 1)

Tiene por qué preocupar al Presidente López Obrador que Cuauhtémoc Cárdenas no lo vea “al mismo nivel” que Miguel Hidalgo, Benito Juárez, Francisco I. Madero y Lázaro Cárdenas; que piense, “como muchos mexicanos”, que estamos ante otro sexenio perdido; mire a México haciendo “el trabajo sucio” a Estados Unidos en materia migratoria y, de paso, se burle de la pretensión de, “con una declaración actual”, cambiar el pasado, pues ni lo cambia ni sucede nada. De lo ocurrido 500 o 1000 años atrás (como la conquista de México) no podemos echar la culpa a nadie?

Claro que debe preocuparse, y hace mal en eludir la severidad de las palabras del hijo del General Lázaro Cárdenas al periódico español El País porque sus cuestionamientos son los mismos que a diario repiten los pocos de sus adversarios políticos que se atreven a hacer oposición y la mayoría de los comentaristas de la prensa formal.

A estos, López Obrador suele sacudírselos, mañana a mañana, echando mano de su caudal de adjetivos, en los que sobresalen “conservador”, “neoliberal” y “fifi”, pero ¿cómo endosarlos a quien, según el diario español, es considerado el líder espiritual de la izquierda mexicana y cuyo hijo, Lázaro, es el jefe de asesores del Presidente?

Cuauhtémoc no habló para hacerse notar porque no anda en busca de chamba; muy al contrario, sus declaraciones en tiempos normales habrían puesto en riesgo a su hijo Lázaro, que parece estar a la espera de un ascenso, de conseguir la otra posición que su padre no pudo.

Entonces ¿por qué, a un año de iniciado el sexenio, negarle estatura de personaje histórico? ¿Por qué aconsejarle remojar las barbas? ¿Por qué acusarlo de hacer el trabajo sucio a Estados Unidos en materia migratoria? ¿Por qué desautorizar la exigencia al gobierno español de disculparse por la conquista de México?, etcétera.

---ooo0ooo---

LeBarón, un apellido contra la insidia

(Roberto Cruz, Impacto, pág. 6)

Por mucho, el tema de la alta violencia es el punto rojo de la administración del Presidente Andrés Manuel López Obrador, quien recién cumplió su primer año en el cargo.

Por encima, incluso, de otro asunto que podría considerarse también prioritario, el del crecimiento económico, el de la incidencia delictiva no ha dado tregua, aun cuando, desde el arranque del actual sexenio, se prometió una estrategia más eficaz bajo la consigna de la no confrontación y el desarrollo social, mismo que, desde el propio gobierno, se tradujo en “abrazos; no balazos”.

La alta incidencia de inseguridad, focalizada en ciertas entidades, pero generalizada en casi toda la República, por los cárteles de la droga, ha sido transexenal desde el gobierno de Felipe Calderón, cuando se decidió sacar al Ejército a las calles para un combate frontal al crimen organizado. En la estrategia ha fallado, pues, a la postura del gobierno, los grupos civiles armados sólo han respondido con más violencia.

La masacre de Bavispe tenía un elemento que ponía al Gobierno Federal mexicano contra la pared y sin el que la indiferencia pudo ser mayor que la que se palpó los primeros tres días después de la tragedia, antes de que del Presidente de la República hacia abajo tomaran conciencia de la gravedad del asunto: Los niños y las mujeres fallecidas tenían la nacionalidad estadounidense.

Entonces, la preocupación de las autoridades mexicanas fue doble. Cosa que después se triplicó cuando el Presidente de Estados Unidos, Donald Trump, en virtud de que el Congreso de su país tenía ya en su poder, desde meses atrás, una iniciativa para catalogar a los cárteles mexicanos de la droga como narcoterroristas, aprovechó la pregunta durante una entrevista para decir que era un hecho que él los calificara de tal forma.

Otro frente, entonces, se abría entre México y Estados Unidos, además del de la migración y el tratado comercial. El gobierno mexicano debía actuar, y pronto. Que Estados Unidos pusiera a los cárteles mexicanos de la droga en una lista negra, al nivel de Osama bin Laden y de grupos como Al Qaeda, Hamas o ISIS, era una seria advertencia, pues los operativos ante tales grupos son, por lo regular, sin misericordia y sin aviso, comprometiendo, como lo teme México, la soberanía de los países involucrados.

---ooo0ooo---

‘No existe una izquierda organizada en el país’

(Marco Bernal, Impacto, pág. 18)

El ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas declaró, en una entrevista para el diario “El País”, que no existe una izquierda organizada en México. Ello, en el marco del 80 aniversario del fin de la Guerra Civil española y del exilio republicano.

En la entrevista se abordan temas relacionados con el evento ya expuesto y la opinión del ingeniero sobre la política mexicana actual, así como su percepción sobre el partido de Andrés Manuel López Obrador.

En la entrevista se le realizaron preguntas relacionadas con el exilio republicano, en el que contribuyó su padre al recibir a miles en México; el exilio de Evo Morales, que considera pertinente por la continuación de una tradición política; la nueva política migratoria de México, que, considera, es hacer el trabajo de Estados Unidos; la hostilidad de Donald Trump y la posibilidad de que logre un segundo periodo, a lo que respondió que le parece grave la actitud del mandatario y que solamente un psiquiatra podría responder si cesará esa postura.

Cárdenas considera que podría existir otro sexenio perdido en México y no observa una izquierda organizada con soluciones. Inquirido sobre si Morena es la izquierda del país, contestó críticamente: “No conozco cuáles son las propuestas de Morena para elevar el crecimiento económico o para hacerlo sostenido y a largo plazo. Ni conozco sus propuestas respecto a la política exterior ni para reducir la desigualdad. No sé dónde esté Morena desde el punto de vista ideológico”. El ingeniero considera que hay fracturas en la izquierda. Hizo hincapié en la falta de organización y que no hay políticos importantes ubicados en su concepción de izquierda.

---ooo0ooo---